

A NUESTROS CORRELIGIONARIOS:

Es evidente que la república está en peligro: desconocerlo sería negar la luz, cegados por sus mismos resplandores: no confesarlo, conociéndolo, valdría tanto como renegar de la fé que debe inspirarnos la eficacia de sus principios, y abandonar la esperanza de salvar una causa tan noble y generosa.

Indigno fuera de nosotros, que al triunfo de la idea hemos consagrado tantos y tan costosos sacrificios, volver, cobardes, la frente á los peligros temerosos de conjurarlos. Nuestro deber estriba, por el contrario, en arrostrarlos con firmeza, en escudriñar sus causas y medir toda su estension para vencerlos con la energía necesaria. No faltemos, pues, á un deber tan sagrado, tengamos el suficiente valor para afrontarlos, indagemos las causas que los generaron, ponderemos los vicios que los sostienen y agravan, y, á no dudarlo, hallaremos los medios de salvar la República, que si la fé es el áncora de salvacion de todas las causas, cuando éstas sintetizan las aspiraciones de un pueblo, solo por indiferencia, solo por desidia ó por ciega obstinacion en los yerros cometidos, pueden sucumbir entre el general desprecio.

Indudablemente, la causa principal del actual estado de la República está en el origen mismo de su advenimiento. El partido radical, tal vez el que cuenta menor número de adeptos en el país, pero que en cambio se engalana con una plana mayor audaz, inteligente y numerosa, ejercía el poder y dominaba en las Cortes, cuando D. Amadeo dió fin á su efímero reinado.

Cualquier otro partido, menos atento á los fines particulares de sus individuos que al bien de la nacion, al ver repentinamente desmoronado por completo el edificio de las instituciones que habian sido la única causa de su existencia, hubiera entregado con lealtad el poder al que lógicamente debía recojerlo, prestando, en beneficio de la idea liberal, bajo una nueva forma entronizada, todo el apoyo, todo el desinterés que son de esperar de los políticos que á todos los fines anteponen el doble amor á la patria y á la idea. Pero los radicales, sin embargo de que tenían un reciente y un digno ejemplo que imitar en nuestra conducta, cuando durante el período constituyente de 1869, por el mero hecho de haberse votado la forma monárquica, la eminencia de nuestro partido rechazaron las carteras que les ofreció el Sr. Ruiz Zorrilla, continuar quisieron, proclamada la República, formando parte del poder, y sembraron con esta ingerencia en la política de nuestro partido, el gérmen fatal que debía entorpecer la marcha de los sucesivos acontecimientos.

Es indudable que proclamada la nueva forma de gobierno, si habian de satisfacerse las esperanzas del país, cifradas en nuestras promesas y en las naturales consecuencias de nuestro sistema, los republicanos históricos eran los únicos con derecho á ocupar el poder; pero la idea generosa de evitar la efusion de sangre con un repentino rompimiento y la halagüeña esperanza de que sin ulteriores miras vinieran al campo republicano los que hasta el memorable 11 de Febrero habian sido nuestros adversarios, prevalecieron sobre los dictados inflexibles de la razon, y dieron origen á que los antiguos partidarios de la monarquía ejercieran el poder comunmente con los constantes adalides de la causa triunfante. Error funesto fué éste cuyas consecuencias no se hicieron esperar.

Efectivamente, apenas constituido el nuevo gobierno, el inevitable dualismo de los elementos que lo componian paralizó su accion, precisamente cuando eran mas necesarias la actividad y la energía.

¿A qué, sino á la lentitud de los nombramientos de las autoridades de Cataluña, fué debida la conspiracion monárquica que dió lugar á que la anarquía y el desquiciamiento apareciesen en la mas importante de las regiones de la República?

Acrescentada cada dia mas la disidencia en el seno del gobierno y en la Asamblea, se impuso la necesidad de proceder á la formacion de un gobierno homogéneo, compuesto de republicanos antiguos. Tal vez aquella fué la ocasion propicia de enmendar debidamente los yerros cometidos, deslindando con entereza los campos, aceptando el poder ilimitadamente, ó abandonándolo con la idea de recuperarlo en mejores ocasiones; pero de

nuevo, el mismo generoso deseo de evitar una colision sangrienta, inclinó á los republicanos á aceptarlo previo el compromiso de limitar sus atribuciones al mantenimiento del orden público y á la reunion de la Asamblea constituyente, á la cual, se reservaba el derecho de realizar todas las reformas políticas y económicas exigidas por el cambio de régimen que cupo á la nacion. Nuevo error fué éste, si se considera que al alcanzar el poder un partido eminentemente revolucionario, contrae ineludibles compromisos con el país que, desentendiéndose de argumentos basados en las circunstancias, espera ansioso la inmediata realizacion de las promesas que se le hicieran antes del triunfo.

Así, pues, las ineludibles consecuencias de un poder aceptado con tales condiciones se demostraron en la precisa inactividad de los gobernantes, inactividad que creó desconfianzas entre los amigos, y que, en concepto de los adversarios, se tradujo por impotencia. De ahí que el malestar se iniciara precisamente en los puntos en que mas vida tiene nuestro partido; de ahí que mientras Madrid, Andalucía, Valencia, Cataluña y otras regiones no menos republicanas se conmovian y el gobierno se debilitaba en su anómala actitud, los enemigos de la nueva situacion, así los encubiertos como los francos, así los antiguos radicales como los conservadores de Setiembre, se valieran de todos los recursos imaginables para combatir al gobierno republicano. La prensa hizo contra el mismo una campaña por lo ruda y lo cruel, sin precedentes; los capitalistas sitiaronle por hambre, y las conspiraciones de nuestros contrarios aumentando la general alarma, acabaron por envolver al gobierno en una red de tremendas dificultades, hasta que llevados de los impulsos de la audacia, en 23 de abril radicales y conservadores se atrevieron á fiar el éxito de su criminal empresa á la suerte de las armas.

Vencida la insurreccion monárquica, una nueva ocasion se ofrecia al gobierno de la República para romper los lazos con que sus enemigos le sujetaban; pero fiel á su via á compromisos, solemnemente contraria á toda reforma para la próxima reunion de la Asamblea.

El dia primero de junio, reunido el Cuerpo Constituyente, pudieron predecirse ya las dificultades con que tropezaria la República, dificultades hijas legítimas de los errores que se habian cometido.

Mucho, y no sin razon, se ha dicho de la Asamblea; pero justo es tener en cuenta tambien la situacion especialísima en que se la colocó, desde los primeros momentos, dejándola árbitra de los destinos de la patria, antes de que los diputados pudieran reconocerse y concertarse. Nada menos justo, pues, que achacar á la Asamblea constituyente la causa de las perturbaciones que luego sobrevinieron, ni tampoco á los gobiernos que sucesivamente han tenido á su cargo la espinosa mision de ejercer el poder en circunstancias tan difíciles. Pretender que la República curara instantáneamente los males que afligen á la patria, siendo tantos y tan graves los que heredó de las situaciones anteriores, es una injusticia, tanto mas cruel, cuanto lejos, de prestarnos desinteresado apoyo los que de ellos fueron causa, no perdonaron medio para agravarlos y estenderlos.

Imponente era ya la guerra civil, así en el Norte, como en Cataluña y en Valencia; imperiosos refuerzos exigia nuestro ejército de Cuba, y ¿qué encontró el partido republicano para hacer frente á tan inmensas y apremiantes atenciones? Triste es decirlo: la hacienda en bancarota, el tesoro exhausto, el ejército reducido y vacíos los parques y arsenales.

¿Quién que no obre á impulsos de la pasion y del encono, acusará á la República de males que no produjo, ni de impotencia para curarlos? ¡Ah! si obedecieran los partidos mas á los deberes del sano patriotismo que á sus pasiones reconocerian que hay momentos en que toda la voluntad, toda la energía, toda la inteligencia de los hombres se estrellan en los infaustos acontecimientos, y que no es dable exigir á ningun partido que realice en un solo instante lo que es necesariamente obra de largo tiempo de actividad y de constancia.

Cierto es, y no hemos tenido empacho en con-

fesarlo, que hemos cometido errores, y fieles á nuestro leal propósito de decir á nuestros correligionarios toda la verdad, tal cual nosotros la alcanzamos, debemos poner de manifiesto el mas capital de todos ellos, la division del partido republicano, division sensible, tanto mas funesta y desgarradora, cuanto no reconoce ningun fundamento sólido, dado el hecho de proclamar todos, absolutamente todos, que estamos acordes en la vital cuestion de principios, permaneciendo todos, absolutamente todos, fieles á la bandera republicana-democrática-federal.

Verdad es que no carece de gravedad toda divergencia en cuestiones de conducta; verdad es que en una situacion menos comprometida que la actual, podria justificar una separacion tan completa que motivara la formacion de distintos bandos que dentro de la República vinieran á ser lo que han sido nuestros antiguos partidos constitucionales dentro de la Monarquía. No es menos cierto tambien que á tal extremo se han llevado las cosas, que una parte del partido se ha levantado en armas contra la Asamblea, queriendo imponer una mentida federacion desde abajo y por medios violentos, sin considerar que los mas han conferido únicamente á la Asamblea la mision de constituir el país, ni reconocer tampoco que ellos mismos convinieron implícitamente en esta idea al aceptar su nombramiento de diputados.

Pero, á pesar de todo, confesémoslo con franqueza, la República está en peligro: está en peligro no tanto por la fuerza y el valer de sus enemigos, como por las divisiones y la obcecacion de sus mismos partidarios, que no parece sino que se han propuesto hundirla, entre la irrision universal, en la mas denigrante de las vergüenzas, en el mas insensato de los suicidios.

Si, confesémoslo, toda vez que el primer paso para la enmienda es el reconocimiento del error. Y ya que el mal está en nosotros y ya que está tambien en nosotros el remedio, salvemos la República, salvemos al país y salvemos nuestra honra.

Por fortuna existe una base comun á todos: la federacion. Unámonos, pues, para acabar con la interinidad que consume las fuerzas de nuestro partido, siendo los republicanos de las provincias los primeros en dar tan honroso ejemplo, que unidos nosotros cesarán tambien las disensiones que por desgracia surgieron en mas elevada esfera. Entonces, respetada nuestra bandera, compactas nuestras filas, la República será fuerte y los embates de la reaccion se estrellarán impotentes á sus plantas.

Si, unámonos; proceda la Asamblea sin vacilaciones, con la serenidad propia de quien tiene de su parte la razon y la fuerza para entronizarla, á la discusion inmediata del Código fundamental; empréndanse con firmeza las reformas que debemos al país; realice el apremiante arreglo de la Hacienda; atiéndase por todos los medios y con indomable energía á la guerra civil; hagamos todos política de atraccion, sin abdicaciones, y habrémos salvado la República, y nos habrémos salvado nosotros de la mayor de las deshonras que puede sufrir una causa, que puede caer sobre la frente de un partido.

Los momentos son supremos: los errores subsisten, los conocemos; mas si el partido tiene, como nosotros, individuos pertenecientes á las diversas fracciones del mismo, conciencia de ella; si en aras de una causa santa y justa que lucha para entronizar en toda Europa y que está cimentada en largos dias de abnegacion y sacrificio, depone preocupaciones funestas y acoje el pensamiento expuesto con la misma lealtad que lo hemos enunciado, todavia pueden brillar sobre nuestra patria serenos dias de gloria, y sobre la frente del pueblo español la expansion propia del hombre que con infatigable esfuerzo ha sabido conquistar la democracia, y con tenaz perseverancia ha sabido asegurarla.

Barcelona 16 de Diciembre de 1873.

José María Alier.—Pablo Alsina.—Jaime Auqué.—Valentin Almirall.—Ildefonso Cerdá.—Alberto Camps.—Antonio Carné.—Francisco Company.—Joaquin Dachs.—Federico Jordá.—Narciso Monturiol.—Cirilo Monserrat.—Antonio Mola.—José Planas.—Juan Plá y Mas.—Pablo Pallós.—Conrado Roure.—José Roca y Roca.—Francisco Suñer y Capdevila (menor).—Juan Tutau.—J. M. Vallés y Ribot.—Manuel Wehrle.